

¿Para qué la educación?

CATALINA URIBE



EN DÍAS PASADOS CIRCULÓ POR REDES sociales una entrevista a Mario Hernández. El exitoso empresario reflexionó sobre la universidad de la vida: «Un presidente cuando buscaba un ministro decía: «quiero gente con experiencia, no con títulos». Y es así, la experiencia no se improvisa». Hernández enfatizó la importancia de las experiencias y particularidades del mundo que nos va informando de las verdades de la vida. Él lo logró a punta de esfuerzo. ¿Para qué estudiar?

La respuesta más elaborada consiste en sugerir que la vida va más allá de ser rico y famoso. Que no es fácil saber cómo vivir ante la certidumbre de la muerte, y que una vida llena y significativa es difícil de lograr. A bien nos viene toda la sabiduría de los libros, que no es lo mismo que experiencia. Como sugiere Platón en la *República*, de los viejos aprendemos qué es eso de ser viejo, pero no necesariamente nos enteramos de qué es ser sabio. ¿Qué es una vida buena? ¿Cómo hacemos para desearla?

Pero supongamos por un momento que la educación está ahí únicamente como inversión monetaria. Supongamos que estudiamos sólo porque es buen negocio, porque lo es. Según cifras del Observatorio Laboral, el salario promedio de engan-

che de un técnico profesional es 40 % mayor que el de quien solo obtuvo título de secundaria. ¿Tiene sentido entonces despreciar un horizonte de posibilidades para alcanzar una lotería?

No hay nada de malo en comprar la lotería. Pero sí hay algo desatinado en creer que uno puede planear una vida engañársela. Hay una trampa en Estados Unidos que se llama la trampa del hombre negro. ¿Para qué estudiar si se la pueden ganar toda con el baloncesto? Bueno, porque solo el 1,2 % de los postulantes logran ser basquetbolistas profesionales. El básquetbol es una competencia no muy distinta a la del mercado. Son muy pocos los jamaes, lebrons o marios hernández, pero son muchos los que están muy listos a escuchar que no necesitan educarse.

Solito

JOSÉ FERNANDO ISAZA



DADO QUE LA DERECHA GANÓ LAS pasadas elecciones presidenciales en Colombia, la ejecución del programa de gobierno corresponde a esta ideología. Quienes votamos en blanco y los que lo hicieron por Petro perdimos. El presidente elegido, en sus intervenciones, tiene un discurso conciliador; sin embargo, las ejecutorias no corresponden a este tono.

Antes de la posesión, la hoy ministra de Trabajo fue clara al definir las jerarquías: «Duque es el presidente, el jefe es Álvaro Uribe». Esta frase evoca a los gobiernos comunistas cuando se nombraba al comisario del pueblo para que, incrustado en el gobierno, vigilara que los administradores no se alejaran de la línea oficial del partido. El día de la posesión fueron claras las dos tendencias: el discurso de Duque que convoca a la unidad y el polarizador de Macías; el jefe avaló en un conciliábulo la propuesta de Macías.

Ante el hecho político de la votación contra la corrupción, el presidente electo convocó a los partidos y se sumó a la campaña contra este flagelo. Los resultados han sido pobres, el presidente eterno no apoya los proyectos presentados. Peor aún, el único resultado ha sido la inclusión en el proyecto de reforma política un artículo que otorga el 25 % del presupuesto nacional de inversión a los congresistas: el Ejecutivo no se ha opuesto a este artículo. La «mermelada» es insignificante comparada con los montos que les otorgaría esta ley a los congresistas. El mismo Gobierno que propone quitarle al Departamento Nacional de Planeación la orientación del gasto de inversión se la otorga a los congresistas.

La política de seguridad, con el ejército de informantes, que recuerda a los guardianes de la revolución de las peores dictaduras de izquierda y derecha, y la posibilidad de revivir las Convivir y su consecuencia, el paramilitarismo, obedece más a la ideología del eterno que a la del elegido. El primer anillo de la política de guerra o paz está claramente orientado por Uribe, el negativismo de la existencia de un conflicto en Colombia se consolidó con el nombramiento de un académico historiador en el Centro de Memoria Histórica que niega la existencia del conflicto.

Convocar a la unidad nacional cuando las decisiones van en camino de una mayor polarización suena a discurso vacío.

Son poco menos que inútiles las advertencias de la Corte Penal Internacional, de constitucionalistas y de quienes negociaron la entrega de armas de las Farc, sobre el peligro de objetar la Ley Estatutaria de la JEP. La decisión la tomará Uribe, es a él a quien deben dirigirse los argumentos sobre el costo de desarmar una guerrilla e incumplirle lo pactado.

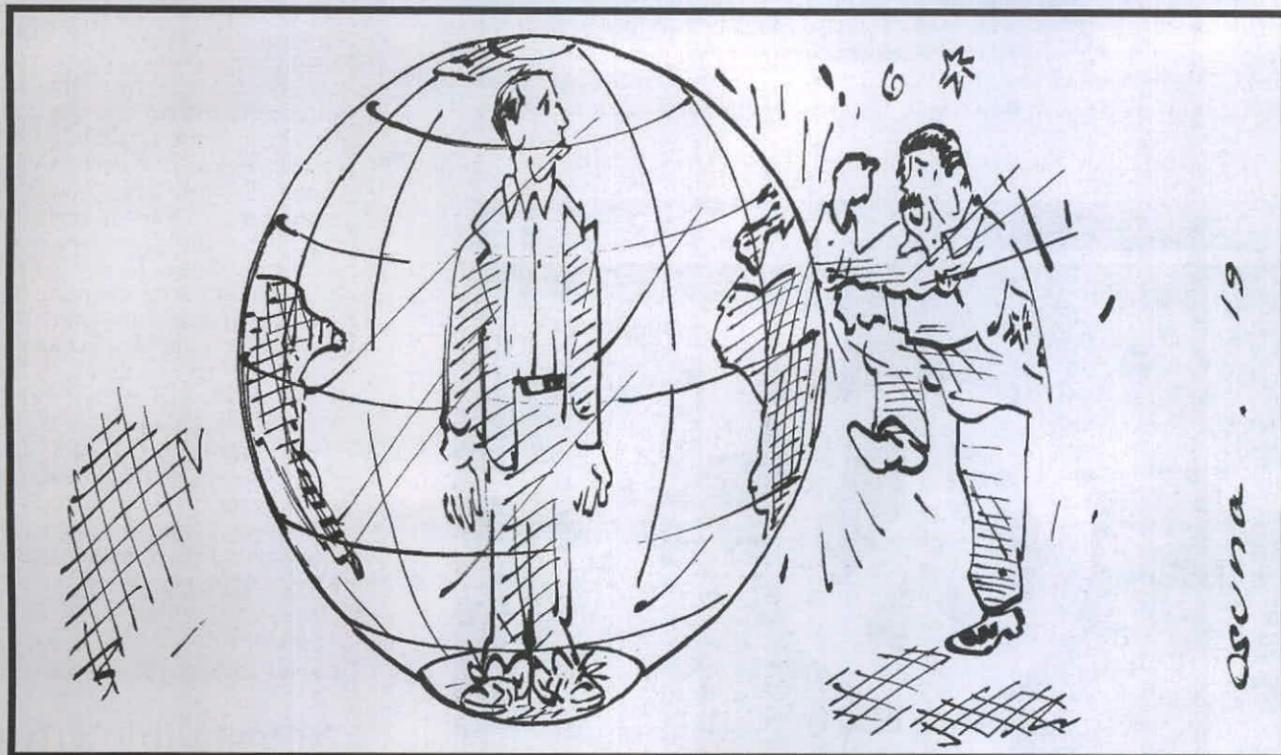
De acuerdo con Taleb y Mandelbrot, existen los cisnes negros; es decir que sucesos de baja probabilidad pueden ocurrir. Esto permite abrigar una tenue esperanza de que el eterno tome una decisión conveniente para el país y así se lo comunique al elegido y no que piense solo en su propio beneficio; la probabilidad es baja, pero puede suceder.

El presidente Duque está en una encrucijada: no puede apartarse de la dirección de Uribe, así su conciencia le sugiera otro camino; está fresco el recuerdo de la feroz oposición de Uribe a Santos cuando este decidió actuar independientemente.

Las abuelas decían refiriéndose a algún chico inquieto: «ese muchacho cree que se maneja solo».

Frase de Uribe antes de la posesión del presidente actual: «Duque solito demandó a Maduro ante la CPI».

Osuna



Dos presidentes

A defender libertades

YOLANDA RUIZ



HAY VALORES QUE DEBEMOS DEFENDER porque forman parte de los cimientos de la democracia: la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de cátedra, la libertad de culto, la libertad de pensamiento. Uno de los grandes avances de las sociedades democráticas es la capacidad para reconocer las diferencias y aceptarlas sobre la base del respeto a los otros. Es denominador común de los gobiernos que tienden a ser poco democráticos, o abiertamente autoritarios, cortar esos derechos e intentar establecer parámetros cerrados para todo aquello que debe ser libre por definición. Esto sin importar la orilla ideológica en la que estén.

Es un peligro cuando se quiere imponer una sola manera de entender el mundo como si fuera la única existente. Parte del problema que hoy tenemos es justamente la imposibilidad de reconocer y respetar las diferencias, los matices. Aunque todos tenemos nuestras creencias porque estamos convencidos de que son las correctas, siempre es bueno dejar un espacio abierto

a la duda y a la posibilidad de escuchar al que piensa distinto. Eso es la democracia. Por eso se disparan alertas cuando se habla de poner límites a la libertad de expresión en las redes sociales o a lo que puede o no puede decir un maestro en una clase. ¿Quién determina lo correcto y lo incorrecto en estas materias? Por supuesto que hay límites: no se puede incitar al delito ni tampoco calumniar (y aún allí hay debate abierto), pero intentar meter en el redil de las «buenas maneras y las buenas costumbres» a tuiteros y profesores nos pone en el laberinto de crear unos improbables manuales que no se van a cumplir y simplemente van a coartar la valiosa libertad para expresarse, opinar y enseñar.

¿Se desbordan las opiniones? Claro que sí. Las redes están llenas de insultos, agravios, mentiras, injurias y calumnias. Aun así, creo que siempre es mejor el exceso de libertad que el exceso de represión y la censura. ¿Se equivocan los maestros? Con seguridad muchos de ellos se han pasado, así como otros han abierto puertas maravillosas en la mente de sus alumnos. Yo reconozco siempre el papel de dos maestros que tuve la fortuna de tener en el colegio y que me enseñaron a pensar, aunque no dictaban cátedra de filosofía. Fueron más allá y permitieron a sus alumnas, de un colegio de monjas, entender que el mundo tiene

otras realidades más allá de la religión. ¿Cómo lo agradezco! No me imagino qué hubiera sido de mí si esos maestros no hubieran tenido la libertad de enseñar. Nos corresponde pelear como sociedad por tener más maestros formados, valorados y bien pagados que sean libres para enseñar. Y en las redes esforzarnos para encontrar caminos colectivos de educación de las audiencias que hoy no son pasivas porque son de doble vía.

Me inquieta también cuando se escuchan voces que critican la libertad editorial, otro valor sagrado de la democracia, porque hay quienes pretenden tener a la prensa alineada con sus fundamentalismos o no les sirve. Bienvenidas las opiniones buenas y malas sobre lo que hacemos los periodistas porque los errores son muchos y la libertad de criticar es sagrada. No obstante, por encima de que amemos u odiamos al mensajero que informa, no se puede pedir censura ni aceptar que los poderes atenten contra la prensa que alerta sobre nuestros demonios. Tan grave es que un dictador retenga a un periodista como que un poderoso busque frenar en los juzgados la opinión de un columnista.

Las libertades son un riesgo y una oportunidad. Cuando las cortamos solamente queda el peligro. Ideas que me rondan cuando pienso en Venezuela... cuando pienso en Colombia.